

en la pacificación de la Iglesia con aquella sabia moderación que concilia todos los intereses, pero también con la invencible constancia que acaba siempre por triunfar de los obstáculos.

18. La Universidad de París, descontenta con la elección de Benedicto XIII, había hecho decretar la sustracción de la obediencia. Todos los Franceses que se hallaban agregados á la corte de Aviñon, recibieron orden de dejar la ciudad inmediatamente. El mariscal Boucicaut, el héroe de Nicópolis, acababa de regresar á su patria despues de pagado su rescate al sultán de los Turcos. Se le dió el mando de un ejército encargado de guardar cautivo á Benedicto XIII en su palacio de Aviñon. Pero el antipapa logró evadirse y fué á refugiarse á Marsella, donde estaba seguro bajo la protección de Luis de Anjou, rey titular de Nápoles y conde de Provenza. En esto murió Bonifacio en Roma, el 1.º de octubre de 1404, donde había restaurado el poder pontifical y merecido el elogio hecho en otro tiempo á Fabio Cunctator: *Cunctando restituit rem.*

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).

19. En el momento de la muerte de Bonifacio IX, se hallan en Roma embajadores de la corte de Aviñon encargados por Benedicto XIII de negociar una reconciliación. Trataban de impedir el que los cardenales procediesen á nueva elección. Por otra parte el pueblo romano, un momento contenido por la vigorosa mano del último papa, había querido aprovecharse de su fallecimiento prematuro para recobrar su libertad. La sedición triunfante recorrió las calles de la ciudad gritando: *¡Viva el pueblo!* Espantados de este movimiento, los cardenales creyeron necesario darle un jefe. Para salvar á la vez los intereses generales de la cristiandad y las necesidades particulares de Roma, antes de entrar en conclave redactaron una acta solemne, semejante en el fondo á la del conclave de Aviñon. Cada cual se comprometió, si era electo papa, á procurar

la unión de la Iglesia aunque fuese por renuncia del supremo pontificado. Así fué elegido y proclamado el cardenal Meliorato, y que tomó el nombre de Inocencio VII. Apreciado por su saber y pureza de costumbres, sencillo en su modo de vivir, enemigo de la avaricia y de la simonía, de piedad ejemplar y edificante, el nuevo papa se había granjeado de antemano todos los corazones. Se esperaba que su modestia y sencillez personal de su trato lograrían apagar el cisma que tan cruelmente agitaba la barca de san Pedro por tantos años. Su corto reinado no le permitió realizar lo que se deseaba. Tal vez se podrá decir que el poder tiene embriagueces capaces de seducir á los mas nobles corazones, y á los que ni aun la virtud misma no sabe resistir á veces.

20. Lo primero que hizo al tomar las riendas del gobierno fué apaciguar la reacción política, acontecida despues de la muerte de Bonifacio IX. Sin ejército, sin dinero y sin alianzas, parece que debía de sucumbir Inocencio VII á su empresa. Pero un defensor vino á ofrecerse por sí mismo en circunstancias tan difíciles: este fué Ladislao de Nápoles. Al prestar su apoyo al soberano pontífice, parecía no obrar sino por reconocimiento; pero su hábil y diestra política tenía miras menos desinteresadas y mas ambiciosas. Había tomado por divisa aquellas palabras significativas: « O César, ó nada. » Su intervención en las querellas de Roma le pareció un medio de abrirse camino al restablecimiento de la monarquía italiana, de la cual él hubiera sido cabeza. Con este designio compareció al frente de un ejército á las puertas de Roma, bajo el pretexto de proteger la libertad y vida de Inocencio VII. Terribles en los motines, los Romanos perdían su valor delante de soldados. La llegada de Ladislao sobró para que volviesen á entrar en orden los facciosos. En agradecimiento por este servicio, el papa concedió al rey de Nápoles el gobierno de la Campania y de la ciudad de Áscoli. Ladislao, á quien hizo esperar mas brillantes adquisiciones futuras este arreglo, se volvió á sus Estados. Se amotinaron segunda vez los Romanos, y el papa tuvo que retirarse á Viterbo; pero vuelto á llamar por aquella población incons-

tante y caprichosa, regresó á su capital para morir el 6 de noviembre de 1406. — Benedicto XIII, en lucha pertinaz contra la Francia, iba errante por las playas del Mediterráneo, transportando su corte de Génova á Savona, de Savona á Mónaco, de Mónaco á Niza y á Marsella.

21. Parecía que Dios multiplicaba los prodigios de las virtudes cristianas á medida que el cisma ponía la Iglesia en situacion de mas en mas crítica. Santa Coleta ilustraba entonces la Francia y restablecía el espíritu de regularidad en la órden de Santa Clara. Nacida en Corbia, año de 1380, de pobre y oscura familia, habia manifestado Coleta desde la infancia gusto particular por el retiro y oracion: fué en extremo humilde, y no le espantaban las prácticas mas austeras de la penitencia. Tomó el hábito de monja en las de Santa Clara, y allí le dió á conocer el Señor lo que habia de trabajar para reformar la órden de San Francisco. Así que se aseguró de su vocacion, se determinó á ir á ver á Benedicto XIII para conferenciar con él y lograr los poderes necesarios. « Nacida en » Francia, dice el P. Berthier, y ocupada exclusivamente » en los ejercicios de la soledad, Coleta no ponía en duda la » autoridad de los papas de Aviñon. » Seguía en esto la doctrina de los obispos de su país: representaba ella la buena fe de los simples fieles, que sin entrometerse á juzgar sobre graves controversias, se guiaban pura y simplemente por sus legítimos superiores. Benedicto XIII puso algunas dificultades, mas al fin accedió á sus súplicas; la nombró abadesa general de las Claras, y le dió plenos poderes para establecer en esta órden todos los reglamentos que juzgara á propósito en honra de Dios y salvacion de las almas. Diez y ocho monasterios de monjas y muchos de frailes, ora en Francia, ora en Alemania, recibieron la reforma. La muerte sorprendió á santa Coleta en medio de estas santas ocupaciones, y Dios manifestó la gloria de su sierva con numerosos milagros. — Como si todos los santos hubiesen de estar repartidos entre las dos obediencias, la de Inocencio VII contaba en su seno al ilustre san Bernardino de Sena, que comenzó á fijar las miradas de la Italia por

el brillo de su vida evangélica. Nacido en Massa, año de 1380, de la poderosa familia de los Albizeschi, se distinguió muy pronto por su tierna piedad y especialísima devocion á María santísima. Enviado á Sena para estudiar, Bernardino fué admiracion de todos por su facilidad en aprender, por su elevado ingenio y progresos en las ciencias; pero aun se hacía admirar mas por sus virtudes. Todo respiraba en él santidad: su rostro, sus palabras, sus actos. Mas tarde se sintió llamado á recordar á los Franciscanos la observancia estrecha del primitivo fervor de su instituto. Su nombre ha sido puesto en el catálogo de los santos, y la Iglesia le tributa culto.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406, depuesto el 5 de junio de 1409 por el concilio de Pisa).

22. Nueva ocasion se presentó en la Iglesia de restituírle la unidad de su cabeza. Ambas obediencias estaban disgustadas del cisma; y se habia prometido desde mucho tiempo habia no perpetuarlo, dando sucesores á los dos pretendientes. El rey de Francia, al saber la muerte de Inocencio VII, se apresuró á escribir á los cardenales romanos, suplicándoles no procediesen á nueva eleccion hasta tomar de comun acuerdo medidas definitivas. Pero su carta llegó tarde por desgracia. Los cardenales romanos, reducidos á sus propios recursos, y en presencia de las facciones que tan fieramente habian turbado el anterior reinado, creyeron que Roma no podia estar sin papa, y esta consideracion, poniendo silencio á otras de órden mas elevado, les determinó á reunirse en conclave. Antes de proceder á ninguna operacion electoral, deseosos de que la futura eleccion no pusiese obstáculo á la paz, resolvieron colocar al electo en tal obligacion de renunciar la tiara, que pareciese menos un pontífice que un procurador encargado de deponer la dignidad pontifical (1). Con este objeto hicieron redactar, aun mas explícitamente que antes de Inocencio VII, una acta por la cual

(1) « Ut se magis procuratorem ad deponendum pontificatum, quam Pontificem factum existimare posset. » (*Spec. hist. Sozom. Pistor.*, p. 1190.)

todos se comprometieron en junto, y cada cual en particular, que si uno de ellos fuese electo, renunciaria á la dignidad pontifical, pura, libre y simplemente, en caso que su adversario renunciase por su lado, ó muriese: despues de lo cual, ambos colegios se reunirían para nombrar canónicamente un Pastor legítimo. El futuro papa se comprometeria además á convocar, dentro de tres meses de su entronizacion, un concilio general para concluir con el cisma, y además, no hacer ninguna promocion al cardenalato: y que despues de acabada la eleccion y antes de publicarla, debia ratificar y aprobar de un modo auténtico cada artículo de este convenio; y en fin, renovar esta ratificacion y aprobacion en el primer consistorio público que celebrase despues de su coronamiento. Esta acta fué jurada por los cardenales sobre los santos Evangelios, despues de lo cual fué proclamado pontífice Ángelo Corrario, que tomó el nombre de Gregorio XII. La rectitud de sus intenciones, la generosidad de su carácter, su viva fe y las virtudes de que este anciano de setenta años habia dado constantemente ejemplo, hicieron creer á los cardenales que nadie mejor que él cumpliria la promesa consabida. Y en efecto, sus actos primeros confirmaron tales esperanzas. En el siguiente dia de su promocion escribió á Benedicto XIII, su competidor: « Ya estais viendo en qué » abismo de vergüenza y desgracias yace sumida la Iglesia por » el cisma de treinta años. A vos os toca pensar en lo que debeis » hacer y preguntar á vuestra propia conciencia. Respecto de » Nos, os declaramos abiertamente nuestro designio y nuestra » formal intencion. Quanto mas fundados nos parecen nuestros » derechos, mas loable hemos creído sacrificarlos á la paz y » union de los cristianos. No estamos ya en tiempo de discutir » sobre el derecho, sino en tiempo de hacerlo plegar ante el » interés público y las circunstancias. Ofrecemos ceder nues- » tros derechos legítimos al pontificado, si de vuestro lado con- » sentís en lo mismo. »

23. Esta carta produjo en Francia la mayor sensacion; y se tributaron acciones solemnes de gracias á Dios, pues que se creia tocar al término del cisma, y á la tan deseada union.

Benedicto XIII no quiso ceder en generosidad al pontífice romano. En su respuesta declaró aceptar con el mayor júbilo las proposiciones que se le hacian, y aseguró que por su parte estaba dispuesto para salvacion de las almas y bien de la Iglesia á renunciar pura, lisa y llanamente al pontificado. Esta protesta puso á su colmo el gozo universal. Se señaló Savona como lugar de una conferencia entre ambos rivales; Benedicto XIII se presentó en dicho punto con gran pompa; y toda Francia le acompañaba con sus votos. Pero el universo católico supo con dolor que Gregorio XII, á pesar de las mas vivas instancias de los cardenales, se negó á comparecer ⁽¹⁾. Con menosprecio del juramento solemne que prestó antes de su eleccion, promovió al cardenalato cuatro cardenales, de los cuales dos sobrinos suyos.

24. Despues de tantas pruebas infructuosas, ya no habia que contar con la cooperacion de los pontífices para la extincion del cisma. Sin embargo era necesario poner término á tal situacion. La disciplina relajada, el menos precio de las censuras eclesiásticas, el olvido de los mas sagrados deberes y reglas, la simonía habitual, el desenfreno de costumbres, el libertinaje, desórden y anarquía, funestos resultados del cisma, amena-

(1) Hé aqui cómo cuenta Illescas este suceso de la malograda conferencia.....
 « Pareció á unos y á otros que Savona era lugar conveniente para todos... Hecho esto, » partió de Roma el papa Gregorio así para cumplir lo puesto como porque la ciu- » dad estaba muy alterada... En llegando á Luca Gregorio, hubo quien le avisó que » no pasase adelante, porque Benedicto (que estaba ya en Génova) le tenia puestas » asechanzas en Savona y trataba de prenderlo... Lo cual, si era verdad ó no, Dios lo » sabe, ó si Gregorio lo quiso fingir por no pasar adelante. Pero como quiera que » sea, él repasó en Luca y escribió á Benedicto que por ciertas causas él tenia por » sospechosa la ciudad de Savona y no le parecia ponerse á peligro de su persona; » por tanto, que se nombrase otro lugar seguro para todos y que allí iria luego de » buena gana. Alteróse de esto Benedicto y comenzo á porfiar que no habia de ser » sino en Savona... Benedicto, para asegurar mas á Gregorio y justificarse, pasó de » Génova hasta Porta Veneris. Pero ni aun con esto pudo sacar á Gregorio de » Luca. Estaban en Luca con Gregorio y en Porta Veneris con Benedicto embaja- » dores del emperador y de los reyes cristianos. Algunos de ellos, y principalmente » los franceses, aconsejaban á Gregorio no dejase de ir á Savona: pero el rey » Ladislao y otros amigos suyos eran de contrario parecer. Como él se estuvo en » Luca, Benedicto se volvió á Cataluña... » (Illescas, *Historia pontifical*, tomo II, folio 33.)
 (El Traductor.)

zaban volver la Iglesia á su mas desastrosa época. El peligro era inminente, la situacion sin antecedentes ni ejemplo; á un mal inaudito, era preciso un remedio único, aunque inaudito. El espíritu de Dios, que jamás abandona á su Iglesia, inspiró entonces la sola medida de salvacion posible. Esta gloriosa iniciativa partió de la Francia. El consejo de regencia de Carlos VI decidió que se observase la mas estricta neutralidad con ambos pontífices rivales. La mayor parte de los príncipes cristianos siguieron este ejemplo, é inmediatamente se entablaron negociaciones con los cardenales de ambas obediencias. Se logró separarlos de su papa respectivo. Los dos colegios se pusieron de acuerdo, y convocaron un concilio en Pisa para el 25 de marzo de 1409, donde todos tomaron parte. Gregorio XIII se retiró á Gaeta bajo la proteccion de Ladislao, rey de Nápoles; y Benedicto XIII se fué á Zaragoza.

25. Los embajadores de todos los príncipes cristianos, veintidos cardenales, los patriarcas titulares de Alejandría, Antioquía, Jerusalem y Aquileya, ciento ochenta arzobispos y obispos, trescientos abades y otros tantos doctores teólogos y canonistas se reunieron en Pisa el dia citado. Se ha discutido, bajo el punto de vista teológico, el derecho de esta asamblea. En nuestro entender, es indisputable. Es verdad que en tiempos ordinarios no pueden celebrarse concilios sin autorizacion del pontífice romano; pero en la coyuntura actual ninguno de los dos pretendientes podia convocar concilio general, pues ninguno de los dos estaba reconocido universalmente. En la duda sobre la legitimidad del soberano pontífice, los cardenales pudieron y debieron obrar como si la Santa Sede estuviese vacante. Ningun concilio general puede celebrarse sin autoridad del papa. Pero lo que precisamente se iba á tratar aquí era establecer de un modo definitivo la autoridad del papa, y desprenderla de la nube que la ocultaba ó escondía. Ambos rivales habian prestado juramento, en su eleccion, de concurrir á la paz y union de la Iglesia: ambos habian quebrantado su promesa. Gregorio XII abiertamente, Benedicto XIII con disimulo, y aparentando buena fe á lo exterior: pero ni uno ni

otro engañaban á nadie ya. Tocaba pues á los cardenales que los habian elegido, que les habian obligado á jurar condiciones explícitas, que los habian instituido como sus representantes para terminar el cisma, « como procuradores para deponer en tiempo oportuno la dignidad pontifical; » tocaba, decimos, á los cardenales procurar el restablecimiento de la unidad. Así lo entendieron, y el concilio de Pisa fué obra de su celo por la Iglesia, y será su mayor título de gloria. Los teólogos que entonces escribieron para sostener la legitimidad del concilio lo hicieron con calor, y aun con cierta vivacidad que les hizo salir de los límites de lo justo. Gerson, á quien prestaba casi autoridad soberana su fama, publicó dos tratados. El ilustre canceller probó en el primero la legitimidad del concilio, y refutó con el mayor juicio y moderacion las objeciones contra ella. Pero en el segundo, intitulado *De auferibilitate papæ*, pasó de una cuestion particular á una conclusion general, diciendo que en todo caso, un concilio ecuménico puede deponer á un papa. Toda la tradicion protestó contra esta doctrina, que han querido renovar los Galicanos. La deposicion de Gregorio XII y de Benedicto XIII, y la de Juan XXIII en el concilio de Constanza, de que hablaremos mas tarde, no pueden invocarse como argumentos en favor de esta opinion. Estos dos concilios tenian que juzgar, no á un papa legitimo y universalmente reconocido, sino, al contrario, que constituir un papa para dar fin á la division del pontificado. El medio natural era renunciar recíprocamente á las obediencias rivales, para reunir todos los sufragios é intereses en una misma cabeza. Este plan, que solo se logró á medias en Pisa, salió por completo en Constanza, gracias al concurso de los príncipes cristianos.

26. Despues de haber citado á Gregorio XII y á Benedicto XIII para comparecer ante la asamblea, los Padres del concilio de Pisa entablaron serio exámen del grave negocio que los reunia. Se debatieron largo tiempo los diversos expedientes de pacificacion; y el resultado de la discusion fué que era necesario obligar á ambos pretendientes al soberano pontificado,

quitarles toda obediencia y proclamar un papa elegido por los cardenales de ambos partidos, el cual reinaria sin contestacion. Lejos ya nosotros de los hechos que apasionaban entonces á todos los ánimos, hallamos el sistema de cesion adoptado por la asamblea muy propio para terminar la contienda. Este fin se hubiera logrado completamente sin las pretensiones de ambos rivales y sin la pertinaz adhesion de algunos príncipes á sus respectivas obediencias. Ni Gregorio XII ni Benedicto XIII comparecieron ante el concilio. El 5 de junio de 1409, las puertas de la basílica donde se celebraban las sesiones fueron abiertas á la muchedumbre, que se precipitó á oír la lectura de la sentencia definitiva. En medio del mas profundo silencio, el patriarca de Alejandría declaró en alta voz: « A Pedro de Luna y » á Angelo Corrario, llamados en sus obediencias, aquel Benedicto XIII, y este Gregorio XII, depuestos del pontificado; » á los fieles alzados de toda obediencia á ellos, y á la Santa » Sede vacante. » Esta sentencia, hasta entonces sin ejemplar, como la situacion que la habia motivado, fué acogida con aclamaciones de júbilo, y seguida del canto del *Te Deum*.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-9 de mayo de 1410).

27. A pesar de la obstinacion de los dos papas depuestos, quienes no se sometieron ni uno ni otro á la sentencia pronunciada contra ellos, la Santa Sede estaba vacante; y no se pensó un otra cosa en Pisa sino en darles uno que los reemplazase indisputablemente. Hubo divergencia de opiniones en las congregaciones preparatorias. Unos querian que el mismo concilio eligiese; otros que solos los cardenales, á pesar de sus dudosos orígenes, hiciesen la eleccion para no derogar el uso establecido. Este último parecer prevaleció, y los cardenales, despues de haber jurado no dejarse mover en esta santa obra por miras mezquinas de interés personal, entraron en conclave. Jamás se hicieron súplicas mas ardientes al cielo para tener un pontífice: el concilio, los embajadores y todos los fieles oraban, y no se dudó que el cisma acababa. El 26 de junio de 1409, todos los

votos recayeron unánimemente en el cardenal Pedro Filargi, de Candía, que tomó el nombre de Alejandro V. Nunca se hizo eleccion mas pura y ajena de toda influencia política. El nuevo papa no tenia familia ni alianzas poderosas. Recogido, siendo niño, en la isla de Candía, jamás conoció padre, madre ni parientes; pero su elevado mérito é inteligencia le sirvieron de apoyo. Entrado en la orden de San Francisco, estudió en Bolonia, Oxford y París: publicó sobre el *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo un comentario elegante y sabio, que le granjeó la admiracion de todos los teólogos. Elevado á la silla de Milan desde luego, mas tarde fué promovido al cardenalato por Inocencio VII; y era de setenta años de edad cuando subió al trono pontifical. La eleccion de Alejandro V produjo inmenso entusiasmo. La bondad del pontífice y su caridad eran ilimitadas. Como habia experimentado las desgracias, ansiaba hacer felices á otros. Muy pronto agotaron el tesoro pontifical, y gustaba repetir con graciosa ingenuidad y chiste: « Fuí obispo rico, he sido cardenal pobre, y ahora soy papa » mendigo. »

28. Sin embargo, este advenimiento tan placentero y bien recibido no hizo sino complicar el cisma. Hubo entonces tres obediencias. Gregorio XII, retirado en Gaeta, continuaba en ser reconocido por los Estados napolitanos, la Hungría, la Baviera, Polonia y reinos del Norte. Castilla, Aragon, Navarra, Escocia, Córcega y Cerdeña continuaron fieles á Benedicto XIII. Francia, Inglaterra, Portugal y la alta Italia se sometieron á Alejandro V. Roma imitó muy pronto su ejemplo, y hasta Aviñon, tanto tiempo hacia silla de los antipapas, volvió á entrar en la obediencia del pontífice legitimo. Los diputados del pueblo romano vinieron á Bolonia, donde se hallaba Alejandro V, despues del concilio de Pisa, y le entregaron las llaves de la Ciudad eterna, suplicándole la honrase pronto con su presencia. El papa los acogió con bondad y les prometió acceder á sus deseos. Se propuso al mismo tiempo proporcionar á la Iglesia el definitivo restablecimiento de la unidad, y con este objeto convocó para el año 1412 un concilio general. Se pro-